

CARTA DE SULLIVAN BALLOU A SU ESPOSA

14 de julio de 1861 | Washington DC

Mi querida Sarah:

Los indicios son muy fuertes de que nos moveremos en unos días, quizás mañana. Por si no pueda volver a escribirte, me siento impulsado a escribir unas líneas que puedan caer bajo tu mirada cuando yo ya no esté.

Nuestro movimiento puede ser de unos pocos días de duración y lleno de placer - y puede ser uno de severo conflicto y muerte para mí. No se haga mi voluntad, sino la tuya, oh Dios. Si es necesario que caiga en el campo de batalla por mi país, estoy listo. No tengo ningún recelo ni falta de confianza en la causa en la que estoy comprometido, y mi valor no se detiene ni vacila. Sé cuán fuertemente se apoya ahora la civilización americana en el triunfo del Gobierno, y cuán grande es la deuda que tenemos con los que nos precedieron con la sangre y el sufrimiento de la Revolución. Y estoy dispuesto -perfectamente dispuesto- a renunciar a todas mis alegrías en esta vida, para ayudar a mantener este Gobierno, y para pagar esa deuda.

Pero, mi querida esposa, cuando sé que con mis propias alegrías dejo de lado casi todas las tuyas, y las reemplazo en esta vida con preocupaciones y penas -cuando, después de haber comido yo mismo durante largos años el amargo fruto de la orfandad, debo ofrecerlo como su único sustento a mis queridos hijitos-, ¿es débil o deshonroso, mientras el estandarte de mi propósito flota tranquila y orgullosamente en la brisa, que mi amor ilimitado por ti, mi querida esposa y mis hijos, luche en feroz, aunque inútil, competencia con mi amor a la patria?

No puedo describirte mis sentimientos en esta tranquila noche de verano, cuando dos mil hombres duermen a mi alrededor, muchos de ellos disfrutando de la última, quizás, antes de la de la muerte -- y yo, sospechando que la Muerte se arrastra detrás de mí con su dardo fatal, estoy en comunión con Dios, mi país y contigo.

He buscado con mucho ahínco y diligencia, y a menudo en mi pecho, un motivo erróneo para poner en peligro la felicidad de los que amaba y no he podido encontrar ninguno. El amor puro a mi país y a los principios que a menudo he defendido ante el pueblo y "el nombre del honor que amo más de lo que temo a la muerte" me han llamado, y he obedecido.

Sarah, mi amor por ti es inmortal, parece que me ata a ti con poderosos cables que nada, salvo la Omnipotencia, podría romper; y, sin embargo, mi amor a la Patria viene sobre mí como un fuerte viento y me lleva irresistiblemente con todas estas cadenas al campo de batalla.

Los recuerdos de los momentos dichosos que he pasado contigo me invaden, y me siento muy gratificado con Dios y contigo por haberlos disfrutado tanto tiempo. Y me resulta difícil renunciar a ellos y convertir en cenizas las esperanzas de los años futuros, en los que, si Dios quiere, todavía podríamos haber vivido y amado juntos y haber visto a nuestros hijos crecer hasta convertirse en hombres honorables a nuestro alrededor. Sé que tengo pocas y pequeñas demandas a la Divina Providencia, pero algo me susurra -quizás sea la oración de mi pequeño Edgar- que regresaré a mis seres queridos ileso. Si no lo hago, mi querida Sarah, nunca olvides lo mucho que te quiero, y cuando mi último aliento se me escape en el campo de batalla, susurrará tu nombre.

Perdona mis muchas faltas, y los muchos dolores que te he causado. ¡Cuán desconsiderado y tonto he sido a menudo! Con qué gusto lavaría con mis lágrimas cada pequeña mancha en tu felicidad, y lucharía con toda la desgracia de este mundo, para protegerte a ti y a mis hijos del daño. Pero no puedo. Debo vigilarte desde la tierra de los espíritus y rondar cerca de ti, mientras golpeas las tormentas con tu preciosa y pequeña carga, y esperar con triste paciencia hasta que nos encontremos para no separarnos más.

Pero, ¡oh Sarah! Si los muertos pueden volver a esta tierra y revolotear sin ser vistos en torno a sus seres queridos, yo estaré siempre cerca de ti; en el día más brillante y en la noche más oscura -en medio de tus escenas más felices y de tus horas más sombrías- siempre, siempre; y si hay una suave brisa en tu mejilla, será mi aliento; o el aire fresco abanica tu sien palpitante, será mi espíritu que pasa.

Sarah, no llores mi muerte; piensa que me he ido y espérate, pues nos volveremos a encontrar.

En cuanto a mis hijos pequeños, crecerán como yo, y nunca conocerán el amor y el cuidado de un padre. El pequeño Willie es demasiado joven para recordarme mucho tiempo, y mi Edgar de ojos azules mantendrá mis retozos con él entre los recuerdos más tenues de su infancia. Sarah, tengo una confianza ilimitada en tu cuidado maternal y en el desarrollo de sus personajes. Dile a mis dos madres que para ellas pido la bendición de Dios. ¡Oh, Sarah, te espero allí! Ven a mí y guía a mis hijos.

Sullivan